

CAPÍTULO oriental 40

la historia de la literatura uruguaya

LAS BIOGRAFIAS



la historia de la literatura uruguaya

Este fascículo ha sido preparado por el Dr. Carlos Real de Azúa y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos, para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, separando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.

Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental".

40. Las biografías

Julio Verdié — "Figura, el poeta y su Musa"

LAS BIOGRAFIAS

A medio camino entre la condición de género literario y la función de disciplina auxiliar de la historia, la biografía presenta problemas de conceptuación y deslinde extremadamente serios. La investigación de los rastros que cada persona, en mayor o menor cantidad, deja tras su paso, la capacidad de proyectarse (ya la llamemos "introyección", "comprehensión", "simpatía", "empatía" o de otras muchas maneras) sobre esa zona, la más céntrica, desde la que el curso vital y psicológico de un ser humano se hace inteligible; la habilidad de construir una figura coherente con las certezas e intuiciones que brinde todo lo anterior, de hacerla vivir según un ritmo veraz, persuasivo, aúnan necesidades y capacidades que reclaman de manera persistente aunque desigual tanto el arte como la ciencia.

Planteado lo anterior, podrá resultar especialmente obvio que cualquier acumulación documental en torno a una figura histórica, que cualquier dibujo de la línea de su vida en base a los escuetos datos de su peripecia externa no reúnen atributos que los hagan merecedores de recuento en el balance de una literatura nacional.

MODELO DE LA BIOGRAFÍA CABAL

Difícil es que algún texto incapaz de satisfacer las precedentes condiciones pueda acceder a una calidad biográfica rotunda. La sólida base de un repertorio lo más extenso posible de fuentes documentales y testimoniales es absolutamente necesaria si se piensa que la acción externa de una personalidad es un "hecho histórico" como cualquier otro, y si se atiende a que la inexistencia de esa base es la que promueve esa invención de mala ley que busca llenar fantasiosamente los baches de lo mucho o poco que pueda ignorarse. Existe siempre, claro está, en cada ser humano, una dimensión interna estrictamente insondable, una dimensión de la que sus palabras, sus gestos o sus actos pueden darnos "indicios", aunque poco más, y para cuya comprensión y recreación, aquellos dones de "introyección", de "empatía" muestran una necesidad que está más allá de todo el descrédito que puedan irrogarle nuevas modas, terminologías o escuelas psicológicas. Lo anterior apunta a otra exigencia de la biografía, que es la que cabe llamar su aptitud de "profundización" en el individuo humano, un requerimiento que no tiene necesariamente que ver —y aun es mejor que no lo tenga— con la presunta necesidad de darle, inventándola, una "vida interior", según era habitual decir hasta no hace mucho con esta imagen espacializadora que tanto éxito ha tenido y que tan desorientadora es.

Vale también para la biografía lo que un crítico francés, Gaëtan Picon, apuntaba, marcando el paso entre la concepción de la novela tradicional y la del presente. La primera, dice, emprendía la caracterización de un personaje por medio del "inventario de una conciencia"; la segunda lo hace mediante "la descripción de una situación", en cuyo enfrentamiento el personaje, indirectamente se escla-

LOS PRECURSORES

Se sitúa en nuestro siglo, fundamentalmente, una proporción abrumadora de la producción biográfica uruguaya. Pero como principio quieren las cosas, vale la pena marcar de modo sumario qué precursores tuvo en el país esta labor y qué modalidades en ellos adoptó.

Fue posiblemente hacia los últimos años de la Defensa y el Sitio Grande que los primeros textos biográficos uruguayos fueron compuestos, dentro de un movimiento de interés por el pasado nacional que testimoniaron, dentro de la ciudad, los trabajos iniciales de Lamas y las publicaciones del Comercio del Plata y, en el Cerrito, la actividad del general Antonio Díaz. Se trató, por lo habitual, de sumarios esbozos biográficos de algunas personalidades que la muerte había arrebatado de los núcleos beligerantes por aquellos años, lo que explica, de modo suficiente, que tales páginas estén impregnadas a menudo de una firme, cálida devoción y de ese conocimiento íntimo de la personalidad tratada que una larga convivencia había sido capaz de acendrar. Tal es la característica del esbozo de la existencia de Francisco Joaquín Muñoz trazado por Melchor Pacheco y Obes (en "Revista Histórica" t. VII), del que dedicó a éste el general Lorenzo Batlle (en ídem, t. I) del de Florencio Varela sobre Santiago Vázquez (en ídem, t. VI-VII). En otras oportunidades, es la actividad de los memorialistas la que se completó con determinadas biografías, lo que es el caso de Carlos Anaya en sus perfiles de Antonio Pereira (en la Correspondencia, de Gabriel A. Pereira) y de Rivera, Oribe, Carlos Villademoros y Felipe Álvarez Bengochea (en "Revista Histórica" t. XXXI y XXXV).

Toda esta etapa preliminar de la biografía uruguaya puede muy bien clausurarse con el metódico empeño de Isidoro de María, biógrafo fundador de nuestro Artigas en 1860 pero, sobre todo, autor del primer considerable conjunto de vidas uruguayas en su todavía útil Rasgos biográficos de hombres notables de la República Oriental del Uruguay *(cuatro volúmenes publicados entre 1879 y 1886 y republicados en 1939 por iniciativa del historiador Juan E. Pivel Devoto).*





Eduardo de Salterain y Herrera, según Hermenegildo Sábat.

rece y se configura. Si una existencia humana es interacción entre sí misma y su medio, si el hombre es "sociedad" e "intimidad", para emplear los términos de Ortega y Gasset, esa mezcla de "intuición" y "construcción" de un proceso personal que la biografía importa, supone verlo en el doble movimiento de su "ensimismarse" y su volverse hacia fuera (o "alterarse"), o utilizando un distingo acuñado para otro fin, en su dual aspecto de com-posición y ex-posición.

Dotar al personaje de esta condición de totalidad, de redondez, supone, como es natural, algo más que alinear una secuencia de hechos, por bien documentados que estén, pero que no son capaces, por sí mismos, de lograr la coherencia, la continuidad que supone una experiencia personal. La cuestión de la "magnitud" biográfica se plantea aquí, porque como ocurre con las distintas posibilidades del cuento y de la novela, la buena biografía debe lograr un espesor de vida, una densidad de existencia que, aunque no exija las dimensiones que elegía para las suyas Alberto Palomeque conlleva, sí, una morosidad de recreación, una acumulación de grandes y pequeños toques que no pueden expedirse normalmente por medio de la silueta breve —de las que hay muy buenos ejemplos nacionales— o por la síntesis biográfica al estilo de diccionario. Sin esa abundancia, a veces aparentemente gratuita, sin esa lentitud de ritmo, es muy difícil que la obra biográfica dote a su personaje de ese poder de aproximación al lector que permite, por parte de éste, los procesos de identificación y proyección que hacen de la buena biografía una forma de "vida vicaria". Un ostensible anglicismo que designa esa facultad del arte de hacernos vivir en otras dimensiones de existencia que aquellas en las que, más o menos inexorablemente, estamos inscriptos.

Concebido con esta ambición, parece de más decir que el hacer biográfico supone un fuerte sustento teórico con rubros muy importantes y tal vez insoslayables. El tema clásico de una dialéctica de "azar", "destino" y "libertad" es uno de ellos. Pero más categoría conceptual posee una sistemática u ontología de la vida humana, esa zona que fue la última en ser ordenada bajo el rigor filosófico. Aunque tiene también valor psíquico y antropológico el asunto de los distintos tipos de "cursos de la vida" humana —rápidos y lentos, breves y dilatados y sus elementos-haceres, empresas— y sus brazos: ascendente, descendente. Empero tal vez este enfoque sea uno de los varios que plantea el problema de la absorción del individuo en una serie; y el valor de esa absorción, esclareceder o no, un punto en el que la "tipología" y la "caracterología" actuales tienen mucho que decir a un arte biográfico teóricamente bien asentado.

ACHAQUES DE LA BIOGRAFÍA URUGUAYA

Si se tiene a la vista este plan máximo de biografía cabal o cualquier otro que haga su vez, se comprende de modo suficiente que muy pocos textos concretos alcancen ese nivel y que el género, después del breve veranillo de "biografía psicológica" en manos de escritores de la calidad de Lytton, Strachey o del Maurois de la madurez, haya sufrido después y sufra hoy —hablamos en términos universales— el descrédito que le irrogaron esos biógrafos comerciales que tuvieron su precursor en la facilidad alquilona del olvidado Emil Ludwig. Parecería por ello que, a escala mundial también, sólo por emprendimientos de la magnitud del **Lincoln**, de Carl Sandburg, del **Trotzky** de Isaac Deutscher o del **Freud** de Ernst Jones, el género se rescatara de su condición de literatura de sobremesa y recuperara sus valores de solidez científica y ejercicio eficaz y delicado de penetración en una personalidad decisiva de la historia.

Vueltos a la biografía uruguaya, digamos que aplicarle pautas tan exigentes no sólo es abusivo sino también innecesario: la biografía uruguaya, un género modesto, se las arregla sola para tener defectos tan ostensibles como modestos ellos también.

La falla más habitual y más reiterada del bastante abundante material biográfico es, sumariamente dicho, la falta de construcción del personaje en todas las acepciones y direcciones poco más arriba recapituladas. Esta aserción, como es natural, no niega el acierto historiográfico ni la utilidad, sobre todo, de los textos que no la logren, muy a menudo porque no pretenden hacerlo o, es probable, ni conciben siquiera su posibilidad. El **Ellauri** de Dardo Estrada, los excelentes esbozos de Pablo Blanco Acevedo sobre Nicolás Herrera y Andrés Lamas son modelos de esta literatura escueta, segura y honesta. Distinto es el caso de obras más ambiciosas de propósito y más cuantiosa extensión, en las que el documento abundosamente aportado parece calculado para obviar todo esfuerzo de penetración por parte del autor y toda construcción de un personaje cabal. Se practique o no esta abstención a nombre de la ciencia, como si ésta dispensase de la imaginación y hasta existiese sin ella, lo cierto es que el más inerte factualismo preside tales trabajos, en los que sólo el mérito que representa la exhumación de mucha documentación inédita conmuta a

medios el general descrédito que pesa sobre la biografía como actividad intelectual de muy relativa monta, entre otras cosas, porque el mismo hilo biográfico exime de todo esfuerzo sistematizador medianamente distinguido.

Dentro de esta abundante vertiente hay hilos en los que el personaje es sólo el rótulo de la compilación documental; los hay en los que queda materialmente anegado por el desarrollo histórico que lo entorna. Menos frecuentes son las oportunidades en que, consciente el autor de la lesiva exterioridad de su criatura, busca inventarle un carácter en base a inferencias logradas de sus actos externos, sin perjuicio, claro está, de ratificarlo, de modo circular, por medio de esos mismos actos. En un caso como en otro, la biografía uruguaya —aunque éste también es achaque de la biografía universal— aparece cándidamente de espaldas a todo el repertorio conceptual que la sociología, la antropología filosófica y la psicología actuales han elaborado y puesto al alcance de quien lo sepa usar.

Así y todo, si el esfuerzo hubiera sido más equitativo, una comprensión profundizada del pasado del país podría contar más de lo que lo hace con la labor de los biógrafos. Pero motivos de celebración patriótica o de embanderamiento partidario han llevado a una verdadera congestión de tentativas sobre ciertos nombres, sin que podamos decir, empero, que existe sobre alguno de ellos el trabajo esclarecedor y modelo. Es lo que sucede con las personalidades de Artigas, Rivera, Oribe, José Pedro Varela, Batlle y Herrera, mientras infinidad de figuras influyentes y sugestivas no han conocido aún la primera mano que se atreva con ellas. Esto, claro está, si se olvida la contribución modesta pero tan positiva de los diccionarios y conjuntos biográficos, desde De María y Araújo hasta Fernández Saldaña y Augusto L. Schulkin. O, también, la investigación genealógica, desde Luis E. Azarola Gil hasta Juan E. Apolant.

MOVILIZACIONES Y MOTIVACIONES

Los diferentes tipos de motivaciones o, más exactamente expresado, las diversas clases de "movilizaciones" que llevan a la labor biográfica no califican por sí, necesariamente, la calidad de los logros, del quilate que las obras, ya concluidas, representen. Esta afirmación, que es un lugar común de entre los varios que pautan el paso entre el plano de lo subjetivo y el de la objetividad, no se contradice forzosamente con otra. Que consiste en señalar que determinados móviles ya presuponen en ellos mismos el fruto que ha de madurar y los defectos que han de malearlo, una presupo-



VACIOS DE LA BIOGRAFIA URU

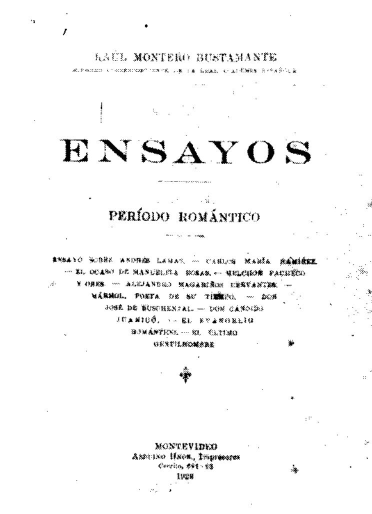
La insistencia en estudiar algunas figuras de nuestro pasado, a la que ya se ha aludido, ha dejado en la sombra, vírgenes de todo empeño, personalidades sin duda "menores", en términos de significación y de influencia que las de Artigas, Rivera, Batlle o Saravia, por recordar sólo los sujetos biográficos más transitados.

En este sentido y en cualquier historia nacional, el repertorio de temas posibles es prácticamente infinito: un hombre en manos del biógrafo es como la anécdota, el "fait divers" que suscitan la imaginación del narrador; el más ínfimo puede revelar posibilidades inventivas y recreadoras insospechadas, el más considerable mostrar en el camino de su evocación que tomamos con él una falsa ruta.

Del período de las luchas por la independencia y la formación nacional, Salterain Herrera extrajo la figura secundaria de un secretario de Artigas, el fraile Monterroso, y logró con ella una sugestiva evocación y un esclarecedor examen del proceso de elaboración del pensamiento artiguista. Pero ¿qué interés no tendrían como material biográfico los subcaudillos más ásperos: un Otorgués y, sobre todo, un Encarnación? De las grandes personalidades civiles de aquel período, están virtualmente intocadas, pese a algunos esbozos menores, las de Nicolás Herrera, Lucas Obes y Santiago Vázquez: por la variedad de escenarios en que se movieron, por el calor hu-



Raúl Montero Bustamante.



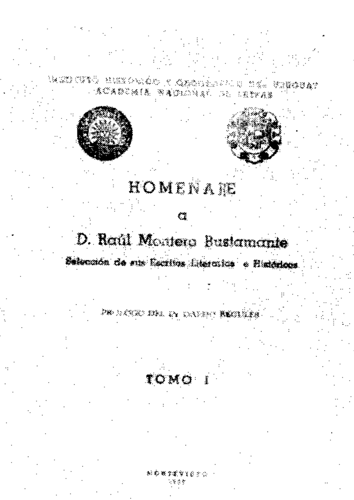
RAÚL MONTERO BUSTAMANTE

ENSAYOS

PERÍODO ROMÁNTICO

ENSAYO SOBRE ANDRÉS LAMAS. — CARLOS MARÍA RAMÍREZ — EL OCASO DE MANUELITA ROSAS. — MELCHOR PACHECO Y OBES. — ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES. — MÁRMOL, POETA DE SU TIEMPO. — DON JOSÉ DE BUSCHENTAL. — DON CÁNDIDO JUANICÓ. — EL EVANGELIO ROMÁNTICO. — EL ÚLTIMO GENTILHOMBRE

MONTEVIDEO



INSTITUTO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO DEL URUGUAY
ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

HOMENAJE
a
D. Raúl Montero Bustamante
Selección de sus Escritos Literarios e Históricos

TOMO I

MONTEVIDEO

GUAYA

mano y el desagarro de su correspondencia, por el valor social y político representativo de sus tornadizas líneas de conducta, los tres, pero sobre todo los dos primeros, serían un tema fascinante de grandes biografías.

Las mismas razones, pero a un nivel temporal en el que toda su acción tuvo tanto más gruesa incidencia en el destino uruguayo, militarían a favor de un Andrés Lamas, pese igualmente a algunos acercamientos más bien sumarios.

Entre los jefes militares y caudillos de nuestras guerras civiles, hay una legión de sujetos posibles, pero creemos especialmente que los de más alto interés deben ser Timoteo Aparicio y, sobre todo, Anacleto Medina, pese a la falta de testimonios escritos auténticos que su nivel de educación determinó.

Entre las personalidades menores del 900 uruguayo (las mayores están casi todas suficientemente estudiadas) se halla, por supuesto, el pintoresco y aún no agotado Roberto de las Carreras. Pero creemos que aun mayor atractivo tendría el recuento biográfico de esa especie de André Gide en pequeño —también la trayectoria del fervoroso protestante al propagandista y teórico de la pederastía— que fue Alberto Nin Frías.

Mayor que los dos últimamente nombrados, ese "dandy" montevideano - parisino, ese sobreviviente uruguayo de la generación argentina del 80 que fue Eugenio Garzón (1849 - 1940), representa un gran tema que Eduardo Blanco Acevedo apenas abocetó en alguna página de circunstancia.

De las primeras décadas del siglo XX y su lote de políticos han sido objeto de desarrollos biográficos —además de Batlle y Herrera —Serrato, Brum, Cosio, Ramírez, etc. Puede creerse, sin embargo, que mucho más alto valor sociológico - político tendrían un buen "Feliciano Viera" y un buen "Julio María Sosa", para quien sea capaz de introducirse en la gran papelería de su tiempo y en los muchos testimonios de ellos que aún sobreviven.

Y quedan todavía virtualmente sin explorar y como sujetos a un veto de intocabilidad, los hombres de negocio, los empresarios. Cuando alguien los recuerda es por encargo de familia y con la intención idealizadora previsible. Los mismos diccionarios biográficos los soslayan y el voluminoso Uruguayos contemporáneos de Arturo Scarone, tan diligente en incluir todos los odontólogos y todos los escribanos del país, todos los jefes militares en actividad o en retiro, no menciona casi grandes estancieros, industriales o banqueros. La laguna que esto representa en el conocimiento social es evidente. ¿Qué no iluminaría, por ejemplo, en el período 1840-1860, un sólido estudio sobre Samuel Lafone? ¿O el crecimiento urbano de Montevideo, uno sobre Francisco Piria? ¿O en el proceso de industrialización del país, uno sobre Ángel y Lorenzo Salvo, o Julio Mailhos o tantos (no demasiados) otros?

sición que admite demostración en contrario aunque muy pocas, en verdad, hagan méritos para tal admisión. Pues la cuestión es que si el riesgo más común de la biografía es la inflación del tema-personaje, la trascendentalización a veces desatentada de sus empresas, el grueso subrayado de sus valores y el disimulo de sus fallas y mediocridades, existen algunos modos de motivación que llevan de la mano a caer en ellos y que sólo un esfuerzo heroico logra evitarlas.

Como estas motivaciones han actuado mucho sobre la biografía uruguaya, vale la pena recapitularlas.

Una literatura biográfica de descendientes engrandece casi siempre al biografiado por razones entre las que no siempre se halla ausente la del conocimiento desinteresado del pasado pero en las que, por lo general, obra tanto más el designio, consciente o inconsciente, de primarse socialmente con la acrecida importancia del antecesor. Retribución invisible, simbólica muchas veces, pues cierto sub-patriciado descaecido entre los que se reclutan muchos de los biógrafos de esta clase no remonta la cuesta de la prelación social por medios tan fáciles.

En otras (y mucho más contadas oportunidades) la promoción del ancestro no puede cumplirla ningún familiar, ya sea por carencia de medios comunicativos, ya por necesitar sus horas para tareas de más remuneración. La índole delicada de la relación que estas circunstancias crean, harán explicable al lector que las hipótesis que el autor de estas páginas tiene "in mente" no sean estampadas en ellas.

No ha faltado tampoco en nuestro ambiente un sub-género biográfico de común existencia en todos los países que tienen un régimen político con elecciones y partidos competitivos. Es, como se presumirá, el de la biografía de promoción o de apoyo, lanzada por lo habitual discretamente en los tramos precandidaturiales de cada contienda presidencial pero, también, a veces, en pleno período de propaganda electoral. En ocasiones, asimismo, responden al intento de reflotar una figura política soslayada o mantener otras en plena vigencia, sin que esto agote el rubro de designios pues no hay solución de continuidad —téngase el valor de decirlo— entre la promoción del personaje-tema y la promoción del autor; esta ambigüedad podría ser abundosamente registrada en la numerosa literatura dedicada a un jefe de partido que profesó distinguidas aficiones históricas, en cuyo caso el rubro de asuntos se extendió, desde el mismo personaje a la lucida serie de sus antecesores y aun a la de los jefes militares revoluciona-




Víctor Pérez Petit.

rios (y todavía familiares de éstos...) vinculados a la primera etapa de su vida. Registrada esta interesante variante autóctona, puede afirmarse que son computables en la modalidad general más clara y aun perfectamente honorable, algunos trabajos dedicados a Batlle, a Herrera, a Terra, a Baldomir, a Berreta, a Juan Andrés Ramírez, las dos "vidas" ofrendadas a José Serrato por Ariosto D. González y Juan Carlos Welker y los varios textos con que el fiel Juan Carlos Quinteros Delgado propulsó la nunca concretada presidencia de Don Pedro Cosio.

Entre estos textos, dedicados a vivientes y otros, en los que se estudia el curso vital de seres humanos mucho más distantes, no existe tampoco solución estricta de continuidad y sí sólo la diferencia que va desde la oferta pública de una personalidad política y el encomio de la línea de acción, los méritos patrióticos o la positividad ideológica de una colectividad partidaria, tal como sus grandes dirigentes la expresaron. Existe en el país una nutrida literatura biográfica sobre las figuras capitales de los partidos colorado y blanco; los trabajos, en especial, sobre Rivera y Batlle, sobre Oribe y Saravia presentan una singular abundancia, tanto en sí misma como si se la compara con el índice de frecuencias regular del género. En el caso de los dos caudillos fundadores, el conjunto es considerable, ya se recorra el trayecto que va desde el **Rivera** de Isidoro de María hasta las defensas, bastante crepusculares, de José G. Antuña y Alfredo Lepro, ya el que, en el caso de Oribe, transcurre desde el valeroso alegato de José Pedro Pintos hasta el penetrante replanteo de Guillermo Stewart Vargas. Literatura polémica y plutarquiana a la vez, con algunas excepciones, tiene la condición, no siempre infeliz, de poder cancelarse mutuamente, sin que tampoco el plano consensual de lo que las dos posiciones aceptan posea una consistencia del otro mundo.

CUATRO MODALIDADES BIOGRÁFICAS

No siempre, tales tipos de motivación han decidido del emprendimiento biográfico y no siempre, tampoco, éstos han sido obstáculos insuperables para lograr una buena biografía. Sin embargo, y por lo regular, los mejores ejemplos uruguayos del género parecen haber estado acicateados por un interés más intelectual, menos inmediato. Digamos con precisión muy relativa: el interés por las incógnitas, por las posibilidades que en el personaje a estudiar se suponen latentes, la fascinación que éste, desde un conocimiento preliminar y más superficial pueda ejercer sobre el escritor llamado a recrearlo, "las afinidades electivas"



Luis Bonavita.

estimulantes entre tema y autor y, aun, esos accidentes que suelen poner en manos de un curioso un lote de documentos o un manojo de testimonios cuyo valor es capaz de advertir.

Desde tal punto de partida, los logros biográficos (descartemos las pifias), desde un nivel de felicidad que podríamos calificar de "artístico" o "literario", los enfoques posibles son varios, y vale la pena distinguirlos.

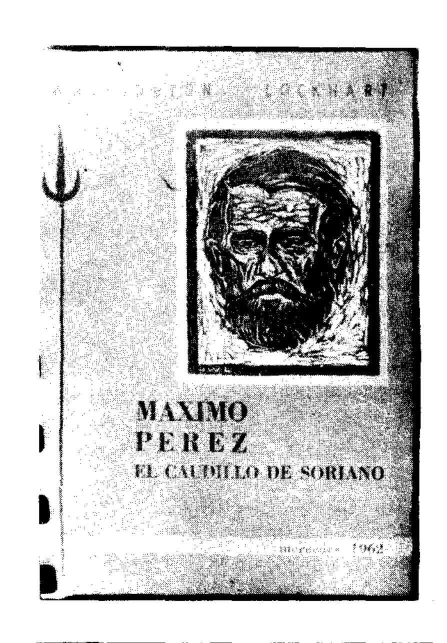
Hay una **biografía de tipo psicologista** o llanamente psicológica, en el sentido de que su interés, aun sin desdeñar el juego dialéctico entre hombre y circunstancia se centra en la estructura íntima del personaje y sus procesos interiores. Ya hemos hecho más arriba las reservas que esta modalidad, representada por textos de Salterain Herrera, Manacorda y Bonavita, puede despertar.

Hay, asimismo, una **orientación sociologista** del género biográfico, que tiende a enfocar la construcción de una personalidad desde la interacción entre el hombre y su circunstancia histórico-social, subrayando, desde esta perspectiva, los valores de tipicidad o representatividad de la figura estudiada. Creemos que, entre las destacadas, las biografías de Lockhart son las que se insertan más cabalmente en esta dirección. Pero también podrían recordarse, dentro de ella, el **Berreta** de Daniel Vidart y la **Vida de Basilio Muñoz** (1938) de Ardao y Castro.

Línea media entre ambas, por un menor énfasis en cualquiera de las dos vertientes que lo psíquico y lo social importan, podría ser considerada la **biografía historizante**, una tendencia en la que no es injusto situar, para poner ejemplos autóctonos, a Raúl Montero Bustamante.

Singular, solitaria muestra de la **biografía epizante** o estrictamente épica es **La Epopeya de Artigas** (1910), de Juan Zorrilla de San Martín. El primer Jefe de los Orientales, identificado invariablemente con el arquetipo heroico, en la tradición conceptual de Carlyle y de Emerson, es visto como el centro, o el vórtice, de fuerzas trascendentes movidas por la Providencia.

En tal modalidad o en la sociologizante, el personaje funciona como núcleo estructurador de un vasto proceso histórico, lo que peculiariza, en especial, los trabajos dedicados a las figuras políticas mayores —caso de Artigas o de Batlle— de nuestra historia. En otros casos, las dos dimensiones que representan el sujeto personal y el medio en que se mueve, se dan con mayor equilibrio, lo que quiere, también, decir, que el segundo pesa menos abrumadoramente sobre la andadura biográfica concreta del hombre.



BIOGRAFIA Y GENEALOGIA: UNA

Como ya se hacía referencia, asume considerable importancia en el conocimiento de los elencos de nuestro pasado la atención y el trabajo dedicados a ellos por descendientes más o menos cercanos. Aun sin considerar los variados móviles a que esa labor puede obedecer, la trayectoria relativamente breve de la sociedad uruguaya hace comprensible estos empeños, cuya cuantía no es inútil verificar en una lista en la que, por razones de brevedad, sólo se mencionaran autor y tema sin referencia bibliográfica alguna. Vale la pena precisar que no todos estos textos llegan a la magnitud del libro y, por supuesto, que la lista no es, ni mucho menos, exhaustiva.

Figuras del período colonial: Juan Carlos de Alzaybar sobre Francisco de Alzaybar (una ácida biografía polémica contra el P. J. F. Salaverry, impregnada de un espíritu desusadamente reccionario y antañón); Jorge Soler Vilardebó sobre Miguel Antonio Vi-



Fernández Saldaña.

LITERATURA DE DESCENDIENTES

lardebó; María Antonia Massini sobre Antonio Massini; Ramón Mora Magariños sobre Francisco Magariños; C. Villegas Suárez sobre Santiago Sainz de la Maza; Julio Lerena Juanicó sobre Francisco Juanicó.

Figuras del período independiente: Mariano Ferreira sobre los Artigas y los Ferreira; Daniel Herrera y Thode sobre Lucas Obes; Héctor A. Gerona sobre Francisco Araúcho; Hubertina de Gomensoro Moyano sobre Tomás X. de Gomensoro; Celia S. de Pérez Gomar sobre Santiago Vázquez; Ricardo D. Campos sobre Juan M. Turrevro y Tomás García de Zúñiga; Aquiles Oribe sobre Manuel Oribe; Eugenio Garzón sobre el general Eugenio Garzón.

Período de las guerras civiles, el militarismo y la consolidación civilista: Aureliano Berro sobre Bernardo Berro, Fermín Huertas Berro sobre el mismo, sus parientes y las familias Huertas y Bustamante; Gastón Nin sobre Federico Nin Reyes; Alberto Palomeque sobre José Gabriel Palomeque; Emilio Oribe (hijo) sobre Dionisio Coronel; José Luciano Martínez sobre Santos; María E. y C. Idiarte Borda sobre Juan Idiarte Borda; Federico Grundwalt Ramasso sobre Juan L. Cuestas; José C. Williman sobre Claudio Williman; Hugo Mongrell sobre Luis Mongrell; Nepomuceno Saravia García sobre Aparicio Saravia.

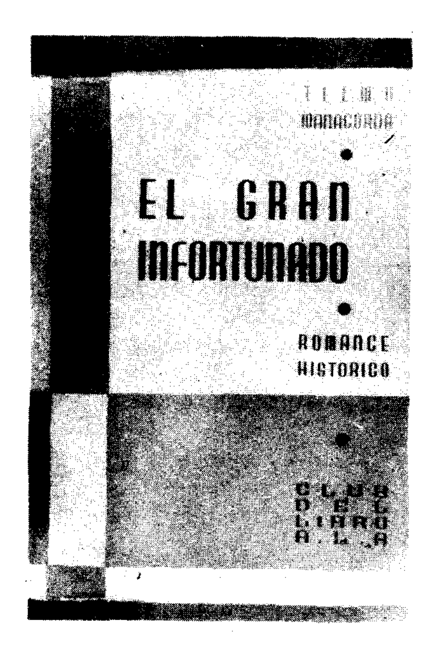
Y si a la historia misma, en su nivel más alto, atendemos, ¿cuál es la magnitud de la parte que los recuerdos, orgullos y remordimientos de familia no representan a través de Domingo Bauzá y, en especial, del general Rufino Bauzá, en la Historia de la Dominación Española en el Uruguay? *¿Qué significación no adquiere en la obra de Eduardo Acevedo y, sobre todo, en el mejor volumen de la serie de los Anales, la histórica actuación de su padre junto a Bernardo Prudencio Berro? y aun los ejemplos podrían multiplicarse.*

UN QUINTETO DE APORTADORES

De entre toda la masa biográfica uruguaya y de entre el gran número de escritores que esporádicamente han contribuido a ella no resulta injusto entresacar cinco nombres de especial significación. Y ello es así porque, aun sin poder considerárseles —salvo uno— "especialistas" en el género, aun sin proponer un modelo original de enfoque o de estilo, la importancia cuantitativa de su labor, su persistencia en ella, su acercamiento a los patrones más prestigiosos del género biográfico, los destacan del lote gris de los cultores más irregulares, o menos dotados de él.

En una carrera de lo que antes solía denominarse "polígrafo" - crítico e historiador literario, poeta, narrador de viajes, antologista e historiador "sensu stricto", RAÚL MONTERO BUSTAMANTE (1881 - 1958) llegó muy tempranamente a la tentativa biográfica, como lo testimonian los esbozos publicados en la "Revista Histórica" hacia 1910. Pero no sería hasta 1928 que dio a publicidad su primera colección de ensayos biográficos, a la que siguieron regularmente contribuciones de idéntica naturaleza hasta poco antes de su muerte. Montero poseía en grado muy considerable el sentido tradicional del arte biográfico al que accedió probablemente a través de su devoción a los maestros de la historiografía anglofrancesa del siglo pasado y, en especial, por el olvidado inglés Thomas B. Macaulay. De ellos aprendió Montero la importancia del detalle pintoresco, de la identificación simpática con la personalidad estudiada y de la eficacia evocadora de siluetas y de ambientes en una tarea que por sus características de construcción, de invención y de expresión muy poco se separa, salvo la base fáctica más sólida, de los cánones fijados para la entonces tan difundida novela histórica. La solidaridad social y emocional que con el patriciado fundador y organizador del país Montero sentía (él era uno de sus descendientes) facilitó en su caso esa introyección en los personajes sin la cual no hay recreación biográfica persuasiva pero hay que destacar que, hombre de partido, aunque cortés y tolerante en un estilo de señorial porte que él fue tal vez el último en asumir con autenticidad, fueron figuras del caudillaje colorado o del procerato doctoral del mismo partido las que movieron su interés. Esta postura de inquebrantable respeto e insoslayada identificación con sus asuntos la pagó Montero, como es obvio, con una visión muy a menudo edulcorada o solemne de sus criaturas, pero no es hasta sus últimos trabajos que esta tendencia adquirió un relieve ostensible e indisimulablemente incómodo, como lo testimonian su **Juan María Pérez** y, de modo involuntariamente humorístico, su **Juan María Pérez y Fuentes.** Es significativo, por ejemplo, que en su trabajo sobre el primero de los nombrados, un predatorio y dinámico empresario patricio-burgués de la primera mitad del siglo XIX, la actividad económica del personaje ocupe un solo capítulo y todo el extenso resto del volumen se halle insumido por las rutinarias funciones políticas y cívicas que Pérez tuvo que cumplir como integrante de la minoría dirigente, pero que lo connotan infinitamente menos que aquellas que lo peculiarizan entre todos los de su tiempo. Romántico residual y como tal, goloso de claroscuros, ello le llevó también a develados errores como el que cometió en el contraste entre Juan Carlos Gómez y Carlos Villademoros, señalado por Mariano de Vedia, o el que apuntó el erudito Elzeario Boiz a propósito de la presunta estada en Montevideo de María de Buschental, "la castellana del Prado". Compensatoriamente, su despierta percepción clásico-cristiana de la caducidad de los bienes del mundo y de la fugacidad de toda gloria le hizo, como alguien dijo con penetración, "especialista en ocasos". **El ocaso de Manuelita Rosas, El ocaso de Julio Herrera y Obes,** los textos sobre Rivera, sobre Juan Carlos Gómez, sobre Melchor Pacheco y Obes, lo prueban fehacientemente.

EDUARDO DE SALTERAIN HERRERA (1892-1966) llegó como tantos a la historia y a la biografía desde una carrera anterior de profesor de literatura, crítico, viajero y organizador docente. Caracteriza su aporte en este género una base de solidez documental nada común hasta entonces en él y la circunstancia de que buena parte de sus fuentes hayan estado constituidas por materiales inéditos que obraban u obran aún en custodia privada o —también— por esos testimonios de ancianos (en el caso de **Latorre,** su obra tal vez más importante) que el descuido de los indagadores del pasado deja tan a menudo perderse. Junto a nombres ya transitados por el enfoque biográfico —como los de Rivera o Lavalleja— Salterain tuvo el acierto de abordar otros menores (Monterroso) o no políticos ni militares (Blanes) o condenados a un veto de todo estudio objetivo como era hasta no hace mucho tiempo el dictador Latorre. Sin perjuicio de este fuerte sostén, Salterain poseía una auténtica aptitud de introyección en sus personajes o, por mejor decir, una especie de imaginación de su proceso psíquico que más bien gustaba dar por medio de un sistema de correspondencias, modu'adas líricamente, que suelen poseer una sugestión penetrante. Sin embargo, no debe ocultarse que en sus libros no se integran bien este ingrediente y el documental, a lo que





Telmo Manacorda.

LA CONTRIBUCION EXTRANJERA

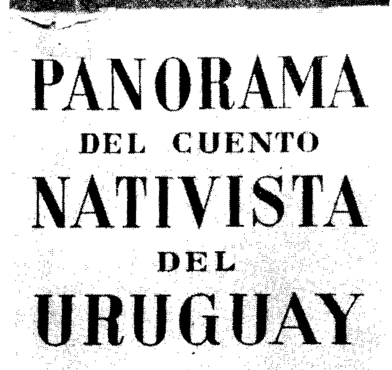
Como es comprensible, casi toda la producción biográfica dedicada a uruguayos pertenece a escritores nativos de nuestro país. Sin embargo, es destacable la existencia de algunos estudios con que algunos extranjeros han contribuido de manera positiva, y a veces brillante, al conocimiento de ciertas figuras de nuestro pasado.

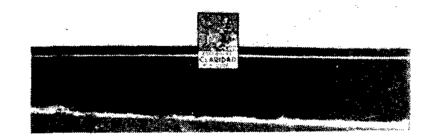
En 1942, el argentino Manuel Gálvez, empeñado por aquellos años en la serie de trabajos biográficos que tiene su logro más alto en el excelente Vida de Hipólito Irigoyen *(1939), publicó su* Vida de Aparicio Saravia, *un libro que si no agrega mucho de sustancial a lo ya conocido sobre el brillante caudillo blanco, lo reinterpreta según las pautas del revisionismo histórico argentino (no sin algunos desajustes) armando la obra con un oficio narrativo que no suele abundar en la literatura sobre el tema.*

De 1954 es el Florencio Sánchez: vida y creación *que el crítico argentino Julio Imbert dedicó a una figura tan rioplatense y, por ello, tan argentina como la del autor de* Barranca Abajo, *circunstancia que también signa y explica el ensayo de otro argentino,* Noe Jitrik sobre Horacio Quiroga *(1959).*

Fruto de la devoción o, más neutralmente, del interés por una personalidad también en buena parte argentino - uruguaya, es el apurado y muy externo pero útil Juan Carlos Gómez, *periodista y polemista (1964) de Alicia Vidaurreta de Tjarks (antes en "Revista Histórica", t. XXXIII y XXXIV).*

La universalización de los temas de estudio y sujetos de tesis en los grandes centros universitarios europeos y norteamericanos ha incidido menos sobre asuntos uruguayos —si se está a lo publicado— que sobre los de otros países de Latinoamérica. Pero son trabajos sólidos los recientemente traducidos libros del inglés John Street sobre Artigas y la emancipación del Uruguay *(1967) y, en especial, el* José Batlle y Ordóñez: el creador de su tiempo *(1968), del estadounidense Milton L. Vanger, primer tramo de un estudio en curso de elaboración, apoyado en una extensa masa documental y vivificado por un despierto don de percepción histórica.*





LUIS BONAVITA



AGUAFUERTES
DE LA
RESTAURACION



habría que agregar que como tantos otros biógrafos latinoamericanos, Salterain no parece haber sentido nunca la necesidad artística de aligerar, o preterir, o procesar por su cuenta una base documental cuya ríspida, arcaica caligrafía respetaba sin razón suficiente en trabajos de esa índole.

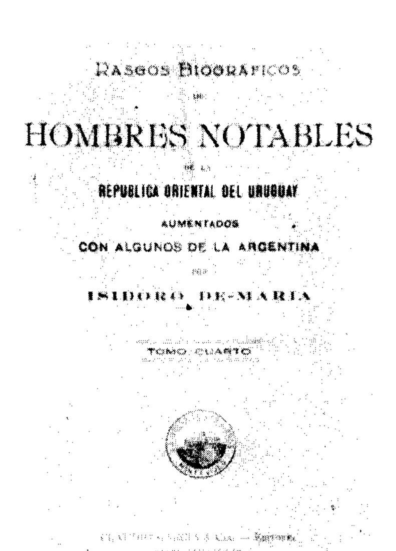
Si se puede hablar entre nosotros de un biógrafo profesional o especializado ése fue TELMO MANACORDA (1893-1954), Discutida personalidad administrativa y política del ambiente montevideano de las tercera y cuarta décadas, Manacorda, hacia el filo de sus cuarenta años, se vertió hacia una labor de evocador histórico y biográfico para la que le habían preparado una dilatada faena periodística y sus funciones de director del Museo y la "Revista Histórica". Nada especialmente conspicuo hay en sus textos, pero, tal vez su misma funcionalidad esté en ello y en haber sabido elegir con general acierto sus personajes y aun haber sabido extraer de los que, en su etapa de profesionalización, hacia sus últimos años, tal vez se le propusieron, más de lo que era dable esperar. Por todo lo precedente, Manacorda es probablemente quien, en esta serie, más se acerque a las pautas internacionales de la biografía vendible, a las que era capaz de ajustarse con una escritura evocativa eficaz, un ágil sentido de comprensión humana y una inteligente dosificación de los dos compuestos que son la persona y el ambiente, para lograr una obra fluida y bien arquitecturada.

No compuso ninguna biografía en el sentido extenso y formal del término LUIS BONAVITA (1895) y, sin embargo, debe incluírsele en este rol de manera ineludible. Y ello es así, porque quien comenzó empleando el seudónimo contundente de "Cambronne" para popularizar más tarde el de "M. Ferdinand Pontiac", es posiblemente de todos los evocadores artísticos de nuestro pasado quien posee más hondamente el sentido dramático de la personalidad y quien mejor sabe adensar en torno a ellas un cargado, envolvente clima histórico. Con este oficio que pudo herir hasta el mordiente de los "aguafuertes" o disciplinar la levedad de las "sombras", Bonavita recreó momentos, pasajes (más bien que tonalidades) de vidas de nuestro ayer, desde Artigas a Batlle y, con especialidad, médicos, a cuya profesión pertenece, aunque también infinidad de figuras menores y aun deliberadamente elegidas por su modestia. Ello ocurre, en particular, con el mundo humano de la Unión, en el que Bonavita pasó casi toda su vida y conoce hasta sus últimos entresijos materiales y anecdóticos desde la oribista "Villa Restauración" hasta nuestros días. Ello explica que

no sea casual que la materia de su primera obra significativa y la de la hasta ahora postrera, a él pertenezcan enteramente. Éstos u otros libros lo muestran fascinado por la figura de Oribe, ante la que parece sentir una mezcla de repulsión y atractivo, lo que bien puede obedecer al conflicto entre su intenso y a ratos intemperante coloradismo partidario y su profunda identificación con el enclave humano unionense, tan signado por la sombría pero auténtica grandeza del jefe del Sitio Grande.

Dos libros integran la producción biográfica (más abundante material menor publicado en la "Revista Histórica de Soriano" por él fundada) pero esos dos textos convierten a WASHINGTON LOCKHART (1914) en el único biógrafo considerable de las dos últimas generaciones. Matemático, crítico, ensayista brillante, hombre de múltiples haceres culturales, Lockhart accedió probablemente al interés por la historia y la biografía a través de la voluntad de ahondamiento en las raíces tradicionales del pago sorianense que el destino le escrituró para teatro de sus empeños (y cuyos "intrusos" ha dibujado con melancolía y humor). En los archivos judiciales y administrativos del departamento, en la esporádica y heroica prensa política del pasado, en la boca de viejos memoriosos, Lockhart encontró un valioso caudal de documentos y testimonios con el que otros, tal vez se hubieran indigestado eruditamente pero que él, con un boceto interpretativo nacional ya "in mente" fue capaz de disciplinar para el sólido asiento fáctico de sus dos biografías y de otros numerosos trabajos. En aquéllas, sobre todo, se equilibran como en ninguno de los otros autores aquí particularizados, una poderosa, certera intuición de la incanjeable singularidad de cada personaje y otra percepción, más racional, más intelectual, de su "representatividad", de su significado social. Y si se tiene en cuenta que sus dos temas principales: Máximo Pérez y la familia caudillesca de los Galarza importan un nivel político y humano mirado con displicencia cuando no con hostilidad por la línea historiográfica civilista y doctoral hasta hace poco dominante, esto también quiere decir que los dos libros de Lockhart son ricos de planteos y de aseveraciones capaces de fijar con mayor equidad, con mayor justeza, la función del caudillaje rural y departamental y su significado en el alumbramiento de este "Uruguay moderno" en cuyas últimas estribaciones todos (o casi todos) padecemos.

Cerrado el rol de los que bien pueden juzgarse como nuestros cinco biógrafos mayores sería injusto callar que entre la larga lista de autores de una y raras veces más biografías se puede extraer un lote de libros a recordar. Es discutible el carácter biográfico (sería, de serlo, la vida del interesante Francisco Juanicó), de la tan bien elaborada **Crónica de un hogar montevideano** (1938) que compuso Julio Lerena Juanicó. Páginas biográficas, enhebradas en los recuerdos y experiencias del propio autor, más que biografía cabal, son las que Domingo Arena dedicó a su jefe y amigo José Batlle y Ordóñez (folleto de 1930, edición de Claudio García, de 1939, tirada de la "Biblioteca Batlle" en 1942, publicación de Arca, **Don Pepe**, en 1967). **El dictador Latorre** (1939), de Juan León Bengoa, ha sido tal vez nuestra biografía de más éxito, y de ella extrajo el autor el tema de un drama logrado: **La espada desnuda**. El **Berreta** (1946), de Daniel Vidart, supera por muchos cuerpos la trama habitualmente mendaz de las biografías de candidato y es un penetrante enfoque de sociología política urbana, o para hablar más llanamente, chacarera. De nuestras biografías de escritores, entre el **Rodó** de Pérez Petit (1918) y la admirable última reelaboración de las varias de Emir Rodríguez Monegal en torno a Quiroga, **El desterrado** (Buenos Aires, 1967), tal vez sólo merezca recordarse el **Reyles** (1957), del querido y tan tempranamente desaparecido Luis Alberto Menafra.


RASGOS BIOGRÁFICOS

HOMBRES NOTABLES

REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

AUMENTADOS

CON ALGUNOS DE LA ARGENTINA

ISIDORO DE-MARIA

TOMO CUARTO

LA SILUETA BIOGRAFICA, ARTI

DON PEDRO I DE BRASIL

La vivaz exposición del ministro Gordon nos pone frente al emperador. En la literatura y en la historia ya ha fijado su imagen la brillante pluma de Pedro Calmon: "O rei cavalheiro". Una vida novelesca, batida y barrida por el huracán de las propias pasiones y por sucesos extraordinarios. Centro e impulsor de un torbellino que lo arrebata, de punta a punta, en el curso de una actuación de romance. Ha nacido para vivir y agotarse en el vaivén de las olas: es otro Childe Harold, como que posee mucho de los rasgos contradictorios y desconcertantes que la fantasía desesperada de Byron vuelca en el retrato famoso. También dramático y arrollador destino el suyo, que se escribe a golpes —como el del otro— entre el chocar bravío. A la par, es prisionero de destinos desatados y de una gloria extraña. Su sino es de tormento: allí donde pone la planta, arde la batalla. Apenas salido de la adolescencia, recibe el peso de un inmenso Imperio, a medias suyo, porque con su propio padre mal lo reparte. En breve, un ímpetu satánico de la suerte lo coloca en desafío, frente a su genitor. Difícil averiguar hasta dónde él lo quiso: cuando los pueblos despiertan a la libertad, todo lo avasallan. El Grito de Ipiranga traduce la aspiración, todavía desdibujada e imprecisa, de una nueva raza, lanzada antes de tiempo a la independencia, como todas las soberanías sudamericanas. En la margen de un riacho, desde entonces célebre, frena su bridón el príncipe imperial. Sin apearse, lee los despachos autoritarios de Lisboa y, en fulminante réplica, desenvaina el sable y proclama: "¡Fico!" En rápido gesto, retorna, para dominarla, a su capital; pero antes de volver riendas, tiene tiempo de conocer a la mujer —mujer de otro— que será fragmento de su existencia, por ella endulzada y mellada. ¡En cuánta locura no incurre por esa marquesa de Santos, que corresponde a su furor genésico con media docena de brotes ilegítimos! En el agrio camino también él ha encontrado su condena Walesky; pero su sol aún fulgura en el cenit: todavía él no regresa de la campaña de Rusia... Sin ser

el corso, le guarda semejanza por sus sobresaltadas acciones; sin ser bolivariano, posee algunas características del formidable señor de América, como que en el recodo de una derrota le aguarda una victoria, que él sabe descubrir en la negrura del infortunio y como que jamás desfallece y joven aún rueda devorado por todas las fiebres. En confusión y mutilado, un poco de Santa Elena, de Missolonghi y de San Pedro Alejandrino... Sin saber bien cómo, echa el primer nudo —y fuertemente lo aprieta, por los siglos de los siglos— de la nacionalidad brasileña. ¡Siempre al galope! El torrente lo arrastra y él arrastra al torrente clavándole en los ijares la rabiosa espuela, para llegar pronto, sudoroso, de una jornada, y emprender, sin darse reposo, la inmediata; y así hasta morir. Cual cascada, va a los saltos, rompiéndose en el arrecife, que busca y lo llama.

En dos grandes pedazos se corta su existencia pública, que, la privada, es un continuo restallar: entre el viejo y el nuevo mundo. No tiene más brújula que su altanero capricho. Conducta siempre en zigzag, como la de todos los hombres excepcionales que han trazado rutas definitivas a la caravana humana. Capaces de hechos anormales, ellos también un poco lo son, pareciendo siempre epilépticos. Estos grandes protagonistas, cual si estuvieran calzados con la bota de las siete leguas del gigante de la leyenda, marchan a zancadas; por eso se diferencian de la generalidad, que se mueve bajo el arreo de la prosaica prudencia; mirando cuidadosamente dónde pone el pie; simples cifras sueltas, que nunca harán millares, la epopeya los sobresalta y se encogen ante la trágica y grandiosa estatura de un mariscal Francisco Solano López, la más alta encarnación del sacrificio en este continente, con su pueblo heroico, o ante la tremenda aventura quijotesca de un emperador, victorioso, luego vencido y de nuevo victorioso, que rubrica las mayores aberraciones y los más esclarecidos arranques también. La tela de esos paños no es de venta: no se mide al mostrador, por yardas o metros. Ante don Pedro I de Braganza y Borbón no se incline el pensamiento como en presencia de un virtuoso, ni truene la reprobación de los condenados. Grave error de rumbo crítico —como tomar, en el orden físico, al Sur cuando la aguja señala el Norte— asociar a su agitada memoria cualquier concepto de armonía. Está reñido con los desenlaces lógicos. Su plano de batalla civil no es, ciertamente, el de un Guillermo de Orange, repujado por la áspera autoridad de un credo inflexible, ni tampoco le seduce el ejemplo ascético del de Asís, que antes de cristalizar en ermitaño también fuera estremecido por el mundano vértigo. Este taumaturgo no es de la madera en que se tallan los santos. Surge como ángel rebelde, esgrimiendo la flamígera espada. Con las propias manos emplaza sobre las propias sienes la corona. A poco, el drama portugués lo solicita... Responde al llamado profundo de la sangre y, al revés de sus iguales, renuncia al rango imperial para convertirse en caballero de una dama. ¡Qué caballero! —Un rey auténtico que cruza, en viaje lírico, los mares para vengar agravios. ¡Qué dama! La hija preferida y bien amada, aspirante, en desgracia, al trono de Portugal. ¡Qué adversario! —Un gajo de su misma estirpe, que ya lleva ganada la partida. Es como la resurrección de la historia feudal. La víspera, lucha contra el padre; ahora luchará, —por su cría— contra la prole de su hermano.

¿No hay algo de espectral en su retorno? Parece que con él se alza de entre las sombras, abriéndose paso, el fantasma del rey don Sebastián. ¿No estará, acaso, animándolo, a la grupa de su Rocinante?... Vestida de ensueño, como cuento de hadas, esa reivindicación, contra infanzones, de una causa que por perdida ya se da —que de verdad la siente perdida el apuesto desfacedor de entuertos— para convertirla, después de ruda y desigual lidia, en deslumbrante marcha triunfal. Y luego, todavía apasionado, echarse en los brazos de la muerte, la postrera amante, la que no falla. ¡Por puerta principal entra en la historia brasileña!

Luis Alberto de Herrera; La paz de 1828, en "Revista del Instituto Histórico y Geográfico", tomo XIII, págs. 104-106, Montevideo, 1937.

BIBLIOGRAFIA BASICA

LOS CINCO BIÒGRAFOS MAYORES:

Raúl Montero Bustamante (1881 - 1958). — **In memoriam Dr. Ildefonso García Lagos** (1920); prólogo a **Escritos del Doctor Don Carlos María Ramírez, t. I,** (1923), **Ensayos** (1928), **Estampas** (1942), **Juan María Pérez** (1945), **Homenaje a Raúl Montero Bustamante, t. I** (1955), **Juan María Pérez y Fuentes** (1958), **Estampas del Montevideo romántico** (Ediciones de la Banda Oriental, 1968).

Eduardo de Salterain Herrera (1892-1966).— **Rivera, caudillo y confidente** (1945 y en "Revista Nacional", Nº 84), **Monterroso** (1948), **Blanes** (1950), **Latorre: la unidad nacional** (1952), **Lavalleja: la redención patria** (1957 y en los T. XXV, XXVI y XXVII de la "Revista Histórica"), **Hombres y faenas** (1960).

Telmo Manacorda (1893 - 1954). — **El general Eugenio Garzón** (1931), **Fructuoso Rivera** (Madrid, 1933), **El gran infortunado** (Buenos Aires, 1939), **Simón Bolívar** (Buenos Aires, 1939), **Alem** (Buenos Aires, 1941), **La gesta callada: biografía de una industria** (Buenos Aires, 1947), **José Pedro Varela** (1948), **Matías Behety** (Buenos Aires, 1948), **Itinerario y espíritu de Jacobo Varela** (1950).

Luis Bonavita (1895). — **Hombres y pueblos** (1916), **Aguafuertes de la Restauración** (1943), **Sombras heroicas** (1945), **Hombres de mi tierra** (1958), **La sangre de Quinteros** (1958, con Luis Pedro Bonavita), **Cofre bruñido** (1962) (Del segundo y tercero de la serie hay varias ediciones).

Washington Lockhart (1914). — **Máximo Pérez, caudillo de Soriano y su región** (1962, antes en t. XXIX, XXX y XXXI de la "Revista Histórica"), **Vida de dos caudillos: los Galarza** (1968).

En *CAPÍTULO ORIENTAL*

Nº 41

LITERATURA Y ARTES PLÁSTICAS

y junto con el fascículo, el libro

LO APARENTE Y LO CONCRETO EN EL ARTE, por Joaquín Torres García

Indice



Amalia Nieto — "Formas y color Nº 1"

Este fascículo, con el libro
POLITICOS Y ROMANTICOS,
de Raúl Montero Bustamante
constituye la entrega N.o 40
de CAPITULO ORIENTAL

Precio del fascículo más el libro: $ 100.-



María Freire — "Composición 17 de julio"